

EU: fin del boicot cerealero

El levantamiento del embargo cerealero de Estados Unidos contra la Unión Soviética, decretado hace 16 meses por James Carter como represalia a la intervención soviética en Afganistán, reconoce por lo menos dos orígenes. Uno es la presión de los agricultores estadounidenses, seriamente perjudicados por dicha medida, y cuyos votos logró atraer Reagan con la promesa de su anulación. El otro es el fracaso mismo de la medida, que al parecer sólo provocó inconvenientes superficiales a los soviéticos y determinó la reorientación de su comercio exterior de cereales hacia otras fuentes. Todo boicot es al mismo tiempo un auto-boicot y quien lo decreta debe valorar de antemano su propia capacidad de resistencia: de esta norma inviolable del comercio internacional debe haberse olvidado Carter cuando decretó la medida, y hoy los tercios hechos lo recuerdan a todos.

Los países del Mercado Común Europeo, que nunca se mostraron entusiastas con el boicot, han recibido ahora con muestras de aprobación su levantamiento. Esta satisfacción debe de ser particularmente marcada en el caso de Alemania Federal, donde el canciller Schmidt sufrió fuertes presiones por su persistencia en mantener y ampliar los contactos comerciales Este-Oeste.

La medida de Reagan tendrá otras consecuencias. Es sabido que uno de los factores del fracaso del boicot fue la posición del gobierno argentino, que se negó a acatarla y aprovechó el vacío dejado por los estadounidenses para dirigir hacia la URSS entre el 60 y el 80 por ciento de sus saldos exportables de cereales, y con ese motivo firmar adicionalmente contratos de venta de carnes que convierten a la URSS en el primer adquirente mundial de ese producto argentino. Si bien las grandes ventas a la Unión Soviética sirvieron para fortalecer económicamente a la dictadura argentina, es difícil negar a un país que sufre un boicot su derecho a adquirir los productos que necesita en los mercados que encuentre abiertos. Pero la grave e innecesaria consecuencia fue que dichos acuerdos llevaron a Moscú a una política particularmente benévola hacia la dictadura argentina y a oponerse, en múltiples foros internacionales, a las condenas propuestas contra la represión de los militares de Buenos Aires.

Ahora esos mismos militares obtendrán un nuevo respiro internacional, pues ya se anuncia que, eliminado el motivo de disenso que significaba la relación comercial con los soviéticos, Washington tiene todos los argumentos para reanudar e intensificar la venta de armamentos modernos al ejército argentino.

Una pregunta adicional, que sólo el tiempo responderá, es si detrás del gesto que significa el levantamiento del boicot se ocultan otras negociaciones globales entre Washington y Moscú, en las cuales pueda estar involucrada la suerte de otros países y regiones en conflicto. Sea como fuere, el fracaso mismo de la infortunada medida de Carter hace que cada día es mejor posible disponer de la suerte de otros pueblos con medidas y acuerdos donde los cambios deciden.

Haroldo Conti es culpable

Juan Manuel Valero

EN 1975 cayó en mis manos, gracias a un buen amigo una novela editada en Cuba llamada *Mascaró: el cazador americano*. Su autor era un escritor argentino, hasta entonces desconocido para mí. Ese mismo año, según Gabriel García Márquez, Haroldo Conti fue advertido por las fuerzas armadas argentinas de que estaba en una lista de agentes subversivos, por ser amigo de la revolución cubana.

En mayo de 1976 el escritor de *Alrededor de la jaula* fue secuestrado por seis agentes policíacos y sometido a interrogatorios y torturas en distintas celdas de esa cárcel que es hoy Argentina. En octubre del año pasado, Videla declaró a la agencia EFE que, sin duda alguna, Haroldo Conti estaba muerto. La confesión de asesinato que, según García Márquez, la agencia noticiosa española no se atrevió a publicar, no hace más que confirmar el temor que nos invadió desde su desaparición. Temor cotidiano que se respira en nuestro continente.

A Haroldo Conti lo mataron por haber aprendido a pensar y a escribir libremente. Es culpable de haber especulado con la posibilidad de que la irracionalidad, que hoy gobierna su país, pudiera traspasar las puertas de su casa. Frente a su escritorio, cuenta García Márquez, había colgado un letrero: "Este es mi lugar de combate, y de aquí no me voy".

Haroldo Conti recorrió sin saberlo el mismo camino que Oreste, protagonista principal de *Mascaró: el cazador americano*. Tomó el barco en Arenales, acompañado por la música de Cafune y compañía. Conoció al príncipe Patagón, y con él, el amor y los secretos de la naturaleza. Supo que la vida es un circo donde la realidad y la fantasía son una misma cosa. Encontró a Mascaró y comprendió la necesidad de hacer la guerra. Como Oreste, alcanzó la muerte en prisión y fue, hasta el final, superior a sus captores.

Haroldo y Oreste no pueden descansar en paz porque la guerra continúa, porque el pueblo argentino los necesita para escribir el último capítulo de su verdadera historia.

Conti es culpable de haber comprometido su pluma con la causa de los pueblos latinoamericanos. Es culpable de no haber querido vivir cómodamente "alrededor de la jaula".